

¡VIVIRA LA IDEA!

Junio 20/21 de 1902

NUNCA, en toda nuestra historia republicana, acto alguno ha alcanzado los caracteres de apoteosis que revistió la imponente manifestación de duelo que, como última ofrenda al caudillo que encarnó cabalmente los más puros ideales democráticos, rindió ayer el pueblo entero de Cuba, ni en ninguna otra ocasión ha vibrado tan honda y tristemente el ánimo nacional.

José Miguel Gómez era algo más que un hombre: era un símbolo, el propio símbolo de la patria dignificada por el heroísmo y por el martirio. Durante toda la vida republicana de la nación, él representó, siempre vivo y palpitante, el anhelo de democracia que anida en el corazón cubano y lo mismo desde el poder que desde su condición de ciudadano impuso los más firmes principios de igualdad. Era una idea hecha hombre. Por eso logró siempre ver cerca de sí, igual en los días regocijados del triunfo que en las horas amargas de la derrota, el sentimiento popular, vigoroso y rugiente a veces, apacible y sereno casi siempre. El soplo de eternidad y de apostolado que iluminó la mente apocalíptica de Martí, no murió con él en Dos Ríos. Sobrevivió a aquel cuerpo que alentaba un alma de gigante, y José Miguel Gómez, fuerte de cuerpo y de corazón, con igual robustez de músculo que de espíritu, recibió el legado y en toda su actuación pública, cuidadoso del ideal revolucionario, vigilante del derecho de todos, no se apartó un ápice de la línea recta, plena de luz y de firmeza, que desde lo alto trazara el ánimo encendida del Apóstol.

Ha caído el caudillo, víctima de la fuerza ciega del destino y el pueblo, que ha tenido, más que la certeza plena, la cabal intuición de la desgracia abrumadora, ha desbordado su alma, contrita y dolorida, tal como si la propia patria pereciera también. Pero la idea, el principio de que fué esforzado paladín el General Gómez, no ha bajado con él a la cripta honda. Vive y, de seguro, alentado por el recuerdo del caído, se intensificará formidablemente. Logrado eso, el más grande de los estadistas cubanos recibirá allá en la nada el más cálido, fervoroso homenaje que el pueblo a quien tanto amó y sirvió podía ofrecerle en gratitud.

EL DOCTOR FERRARA

LA Redacción del HERALDO DE CUBA, en medio de la gran tristeza que le produce la terrible pérdida sufrida por la Patria, siente un consuelo: el Dr. Orestes Ferrara se encuentra entre nosotros. Y aprovecha los instantes precursores al de su posesión efectiva en la dirección de este diario, para tributarle en unas cuantas líneas, que reflejen pálidamente sus sentimientos, todo el cariño y toda la admiración que entre las personas que aquí se juntan en comunión de trabajo y de patriotismo, supo despertar, conservar y aun acrecentar al través de las vicisitudes de estos últimos años.

Más de cuatro ha permanecido Ferrara ausente de esta casa, aunque siempre en contacto con ella por el hilo espiritual del pensamiento. Como dice muy bien el cantar español, "la ausencia es aire que apaga el fuego chico y aviva el grande". Su alejamiento no ha hecho sino reduplicar en nuestros corazones el amor a nuestro jefe, que fué siempre, más que jefe, compañero afectuoso y tolerante.

¡Cómo le hemos echado de menos, aquellos de nosotros habituados a su trato diario! ¡Cómo en mil ocasiones nos ha hecho falta el consejo de su inteligencia y el cálido apoyo de su optimismo sano y reconfortante!

Ahora, al mirar retrospectivamente aquella época dolorosa, nos parece como que hemos salido de un antro oscuro y que respiramos a pleno pulmón la libertad, la luz, la vida misma.

Bien venido sea nuestro buen amigo al seno de esta Redacción, donde todos somos sus devotos amigos, al seno de esta sociedad donde todos somos a admirarle...

